



RETIRO EN ADVIENTO – AIN KAREM

En aquellos días se puso en camino María y fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno e Isabel quedó llena de Espíritu y, exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». Dos mujeres se saludan, ambas esperan un niño; una anciana y estéril será madre de Juan el Bautista; la otra, joven y virgen, dará a luz al Salvador, como le anunció el ángel de Dios. «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor».

Estamos en Ein Karem, cerca de Jerusalén, en la región montañosa de Judá, llamada en la Edad Media San Juan en la Montaña. El lugar en donde, según la tradición, se encontraron María e Isabel está indicado por un antiguo manantial conocido como la fuente de la Virgen. Pero en esta aldea, hace 2000 años, no solo brotaron las palabras de Isabel tomadas en el Avemaría, sino también el Benedictus de Zacarías y los versos del Magnificat entonados por la Virgen: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones. Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación».

El moderno santuario de la Visitación, que se asoma desde lo alto al valle de Sorek, está construido sobre una gran iglesia medieval y recuerda el episodio angélico de la visita de María a su prima Isabel. El santuario está compuesto por dos niveles, uno inferior y otro superior; ambos nos permiten ver los restos antiguos de los muros de época cruzada. La cripta inferior y la iglesia superior están unidas entre sí por una estrecha escalera excavada en el muro, como era costumbre en las construcciones cruzadas.

La cripta, que contiene el pozo original de la primitiva instalación, está compuesta por una gruta en la cual, en el período bizantino, entre los siglos quinto y sexto, fue excavada una capilla en memoria de Isabel. Sobre sus paredes están representados el sacerdocio de Zacarías, el encuentro entre María y su prima y el recuerdo apócrifo de la fuga de Isabel con el pequeño Juan para protegerlo del furor homicida de los soldados de Herodes. Bajo esta escena, un nicho custodia una antigua roca en la que parece verse la huella de un niño yacente; por esto se la conoce como el escondite de San Juan.

La iglesia superior fue completamente renovada por los franciscanos después de la Segunda Guerra Mundial, retomando el trazado del complejo medieval. Su alegre decoración celebra la gloria de la Virgen María en la historia de la Iglesia. Sobre las paredes frente a la iglesia se exponen numerosas reproducciones en cerámica con el

texto del Magnificat; hay representadas más de 50 lenguas. Los peregrinos de todas partes del mundo, cuando llegan a este lugar, se detienen delante del cuadro con la plegaria en su propia lengua y cantan el Magnificat en su idioma. Así se hace realidad la profecía contenida en el canto de la Virgen que dice que ella será recordada y glorificada en todas las naciones del mundo y en todas las épocas de la historia.

Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia y se congratulaban con ella. Nos encontramos en la iglesia de la Natividad de San Juan Bautista en Ain Karem. El lugar ya estaba habitado en la época de Cristo, como han demostrado los descubrimientos de los arqueólogos: los baños, las cisternas, las grutas características de los lugares habitados en la montaña de Judea. Los peregrinos cuentan que se encontraban con una iglesia y, sobre un lado de la iglesia, una pequeña gruta. Esta en particular conservaba la memoria sagrada; es el mismo lugar que hoy vemos apenas transformado. Los cruzados lo dotaron de un hermoso suelo de mármol, construyeron una bella cúpula, pero después de no mucho tiempo tuvieron que abandonar el país empujados por las tropas musulmanas. El santuario, reconstruido en el siglo XII junto a una anterior capilla bizantina, fue destruido y transformado en establo por las tropas de Saladino. En el siglo XVII pudo ser recuperado por los franciscanos, que lo restauraron devolviéndolo al culto en el siglo siguiente. Hoy reúne obras de artistas y escuelas importantes.

En el extremo de la nave izquierda, una escalinata conduce a una gruta natural que, según la tradición, formaba parte de la casa donde nació San Juan. En la sugestiva penumbra resuena todavía el cántico del Benedictus entonado por Zacarías: «Bendito sea el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto para guiar nuestros pasos por el camino de la paz».

Excavaciones arqueológicas realizadas en los años 40 del área inmediatamente exterior a la iglesia sacaron a la luz la anterior capilla bizantina, con su suelo cubierto de finísimos mosaicos polícromos, que había sido construida sobre los restos de una prensa de época romana. A poca distancia, se encontraron también el torso de una estatua que representa a Venus y un fragmento marmóreo que probablemente pertenezca a una representación de Adonis, todo ello junto a una colección de vasijas del tiempo de Cristo y los espacios domésticos de este mismo periodo.

En el mismo lugar, en el período sucesivo, se excavaron tumbas cristianas, esta vez alrededor de las posibles sepulturas de unos mártires, a juzgar por una inscripción en mosaico que contiene un saludo a unos mártires desconocidos: «Salud, mártires de Dios».

Mucho se ha discutido sobre quiénes puedan ser estos mártires de Dios a los que se rinde homenaje. La hipótesis más probable señala a San Juan Bautista y su padre, Zacarías, que también recibieron martirio según la historia y la tradición, o bien a los niños inocentes que fueron asesinados por los soldados de Herodes en el momento del nacimiento de Jesús, siguiendo la orden recibida del mismo rey.

Recordemos siempre que estamos cerca de Belén, donde se produjeron estos hechos. Se llenaron de temor todos sus vecinos y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas, y todos los que las oían las guardaban en su corazón diciendo: «¿Quién pues será este niño?». Y la mano del Señor estaba con él.

Estamos entre las montañas, estamos cerca de Ain Karem, de la ciudad patria de Juan Bautista; nos encontramos en un lugar llamado el desierto de Juan, el primer desierto de San Juan Bautista.

Isabel, sabiendo que se buscaba a Juan, lo tomó consigo, subió a la montaña, miró en torno suyo para ver dónde podría ocultarlo y no encontró lugar de refugio. Y gimiendo clamó a gran voz: «Montaña de Dios, recibe a una madre con su hijo». Y la montaña se abrió y la recibió, y había allí una gran luz que los esclarecía y un ángel del Señor estaba con ellos y los custodiaba.

Aún ahora se puede visitar la gruta que, en una tradición particularmente apreciada por las iglesias orientales, refugió a Isabel y a Juan. Alberga en su interior una capilla custodiada por los franciscanos de Tierra Santa, que han elegido también aquí una pequeña ermita. A poca distancia mana una antigua fuente. Esta agua milenaria, esta fuente que brota de la roca del centro de la montaña, que pasa junto a la gruta, llega a esta pequeña piscina a la que tienen acceso tanto los cristianos como los judíos; es un punto de encuentro de estas comunidades diferentes que creen en el mismo Dios.

Para los judíos esta agua de la fuente es un agua *kosher*, un agua pura; antes de cualquier acontecimiento, de cualquier fiesta, antes del *Shabat*, los judíos buscan una fuente, un lugar donde realizar la purificación. Algunos cristianos han celebrado bautismos; los cristianos ortodoxos de las iglesias rusas y etíopes celebran la renovación del bautismo.

«Y tú niño, serás llamado profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos». El Señor habla en el silencio, en la soledad. Aquí nos encontramos con la simplicidad, con lo agreste, elementos que nos ayudan a crecer espiritualmente. Cuando nos alejamos de la ciudad, de los centros urbanos, del ruido de tantas cosas, aquí nos encontramos con la soledad, por ello la presencia de Juan Bautista aquí es palpable. Esta es la patria de Juan, todas estas montañas hablan de él.

Contamos también con otro santuario que es la tumba de Isabel, una tumba excavada en la tierra, y un pequeño convento. La devoción a Santa Isabel comienza a crecer en la cima de esta montaña. Con solo abrir el corazón y cerrar los ojos, sentimos la presencia de Dios que a través de los árboles, a través del canto de los pájaros, se siente aquí.

Después de haber visto este vídeo, esta presentación de Ein Kerem y su entorno, vamos a unirlo al tiempo litúrgico en el que estamos, porque hoy por la tarde comienza el Adviento. Yo quisiera que Ein Kerem fuese el marco de este tiempo; me parece un escenario maravilloso para el Adviento que, además, nos hace un eco muy grande de lo que es la esperanza de Jesús. Fijaos en que Juan Bautista es, posiblemente, el protagonista principal del Adviento que espera a Jesús, junto con María y con José. ¿Quiénes son los protagonistas del Adviento, los que esperan a Jesús?: María, José y Juan Bautista, también el profeta Isaías. Pero, obviamente, Juan Bautista es un personaje clave en el tiempo de Adviento.

Hay una cadencia de los hechos que cuenta el Evangelio; hay cuatro pasajes a tener en cuenta.

1.º en el capítulo primero de San Lucas, versículos cinco y siguientes, aquí hace referencia al anuncio a Zacarías en el templo. Está narrado de una manera en la que se nos dice: A los ocho días vinieron a circuncidar al niño y queriendo llamarlo Zacarías como su padre, pero la madre intervino diciendo: «No, se va a llamar Juan». Y le dijeron: «Ninguno de tus parientes se llama así». Entonces preguntaron con señas al padre cómo quería que se llamase; él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre», y todos se quedaron maravillados. Perdón, que he elegido un texto equivocado, el texto no es este, sino que es el texto en el que Zacarías, que era sacerdote en el templo de Jerusalén cuando fue a presentarse allí, en ese momento, tuvo un anuncio especial del Señor en el que se le transmitía que iba a tener descendencia a pesar de que su mujer era estéril. Se hace el anuncio a Zacarías en el momento que está sirviendo en el templo.

2.º María, al mismo tiempo, 150 kilómetros al norte, en Nazaret. Ella, en el momento en el que recibe el anuncio del ángel de que va a ser madre del Señor, se le dice que su prima Isabel está esperando, a pesar de ser estéril. Esto ha ocurrido al mismo tiempo que lo que estaba teniendo lugar en el templo de Jerusalén, donde Zacarías, el esposo de Isabel, ayudaba como sacerdote del turno de días. María recibe ese anuncio: «Tu prima Isabel está esperando», y sale desde Nazaret a la ciudad de Judea

3.º El siguiente pasaje es el de la llegada de María: hace esa peregrinación, unos 150 kilómetros desde Nazaret hasta Ein Kerem, y es el lugar del saludo, el saludo de María a Isabel. Más tarde se narra cómo nace Juan Bautista; María se queda allí unos tres meses para ayudarle y retorna, regresa.

4.º Y luego, finalmente, en ese versículo que os he comentado antes, el joven Juan va al desierto; el niño crecía, su espíritu se fortalecía y vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

El lugar de Ein Kerem, está a unos siete u ocho kilómetros de Jerusalén, es la patria de Juan Bautista. Se le llamaba entonces el distrito de la montaña, y era donde vivían Isabel y Zacarías, en Ain Karim. Y fijaros lo que dice Lucas 1, 39: «Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa». Se le llamaba el distrito de la montaña a una ciudad de Judá.

En esos lugares lo más entrañable para nosotros son, por una parte, la iglesia del Magnificat, que así se le llama también al santuario de la Visitación. La iglesia del Magnificat es la casa de la montaña; recordáis que cuando subíamos rezando el rosario había que aprender a respirar y subir al mismo tiempo. La iglesia del Magnificat, santuario de la Visitación, y abajo, en el pueblo, la iglesia de Juan Bautista, que popularmente se llama casa de Juan y dentro de la cual se guarda la gruta del Benedictus donde nació Juan Bautista, y donde dice: «Aquí nació el precursor de Jesús».

Para explicar Ein Kerem hay dos pasajes claves: arriba está la iglesia del Magnificat y abajo está la gruta del Benedictus. El Magnificat y el Benedictus yo creo que son los que le dan sentido a Ein Kerem.

Tenéis esa hoja con vosotros que es el texto del Magnificat y el texto del Benedictus, porque son las dos oraciones principales que nos enmarcan este marco de Ein Kerem como un marco del Adviento.

Magnificat

Comienza leyendo el primer párrafo: «En aquellos días María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre, se llenó del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

Quiero fijarme primero en este primer párrafo que, como veis, la protagonista en él es Isabel. ¿Cómo reacciona ella en ese momento ante la llegada de María? Es curioso porque en ese momento le está diciendo: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?». Y creo que ella nos está ayudando a vivir el meollo, el corazón de lo que es el Adviento. Porque vamos a ver, ¿qué es el Adviento? El hombre siempre ha suplicado la ayuda de Dios: «Señor, socórreme; Señor, auxíliame; Señor, dame tu gracia». Pedimos la ayuda de Dios sin saber muy bien en qué puede consistir esa ayuda: «Dame tu gracia». ¿Y qué es la gracia? ¿La gracia es una especie de energía? Es difícil entender qué entendemos por la gracia o la ayuda de Dios, y la gran sorpresa es que esa ayuda que pedimos a Dios, esa gracia, no es algo que Dios te da, sino que es Él mismo que se te da. La gracia de Dios no es tanto algo, sino que es alguien: Dios que viene a nosotros, él viene a buscarnos, viene en nuestra ayuda, sale a nuestro encuentro.

La sorpresa del Adviento es que hemos estado siempre pidiendo: «Señor, ven en mi auxilio». Así como comienza en los laudes: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme». Y la gran sorpresa es que Dios no es que te está dando algo distinto a Él mismo, sino que Él viene junto a ti y camina junto a ti y no te deja solo. El Adviento es Dios que camina junto a nosotros. Dios que viene a compartir nuestra vida. El Adviento es lo que pasó en Emaús con aquellos dos discípulos, que de repente Jesús caminaba junto a ellos. La forma en la que Dios ha llevado a cabo su salvación, su gracia, no ha sido desde arriba enviarnos no sé qué forma de ayuda, sino venir Él mismo a acompañarnos y a caminar junto a nosotros. Por eso, cuando dice Isabel: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?», la actitud ante el Adviento es la de decir: es impresionante que Dios venga a nuestra vida, es impresionante la Encarnación. La Encarnación es lo más gordo que ha podido pasar en la historia de la humanidad: que Dios entra en la historia. Que Dios entre en la historia, eso es impresionante.

Por eso, cuando vamos a Tierra Santa y de repente dice «Aquí Dios se hizo hombre», Aquí Dios ha entrado en la historia; el que creó el mundo no se ha quedado fuera del mundo mirándolo desde arriba, sino que ha entrado en nosotros. El Adviento es un tiempo para prepararnos a decir: «Oye, que Dios viene a nosotros». Tenemos que preparar su llegada como cuando va a nacer un niño, tenemos la conciencia de que hay que prepararse: Preparamos la habitación, preparamos las cosas, todo lo acondicionamos porque va a venir el niño. En adviento ¡Es Dios el que viene a visitarnos! Entonces esa expresión de Isabel, «¿Quién soy yo para que me visite la

madre de mi Señor?», es la conciencia de indignidad, la conciencia de sentirse abrumado por una visita que supera todos nuestros merecimientos y expectativas.

El Adviento solamente se puede vivir bien cuando uno tiene conciencia del gran don que estamos a punto de celebrar: que Dios entra en la historia, que Dios viene a nosotros.

Un signo de que esto se está viviendo bien, de que tenemos conciencia de lo que es que Dios viene a nosotros, es esa segunda parte que dice: «Cuando tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre». Es decir, que ante ese anuncio de que Dios viene a nosotros, en mí algo salta de alegría. Yo no estoy esperando a que Dios definitivamente venga al final de los tiempos para comenzar a ser feliz; yo ya comienzo ahora y ya salto de alegría, aunque todavía esté por llegar este que estoy esperando, porque en parte ya ha venido y en parte todavía tiene que venir, pero en parte ya ha llegado.

El Adviento tiene una triple dimensión: Jesús vino, Jesús vendrá y Jesús está viniendo día a día; tiene tres niveles. El que vino hace 2000 años, el que vendrá al final de la historia cuando se encuentre con nosotros y también el momento de tu muerte y el que el que está viniendo, el que viene este año, el que viene en la Eucaristía dentro de un rato cuando vamos a recibirle. Yo aunque falte algo por llegar, como ya ha llegado, como ya le tengo conmigo, salto de alegría. El cielo ya está aquí. Yo no estoy esperando que pase la cruz de la vida para empezar a ser feliz, que eso suele ser algo frecuente en nosotros. Suele ser frecuente decir: «A ver si se pasa este disgusto, a ver si ya el médico me da una buena noticia con este diagnóstico, a ver si ya me dicen que no tengo que volver más a hacerme no sé qué prueba, a ver si ya...». Y cuando pase eso, ya comenzaré a ser feliz. No. Yo voy a ser feliz ya porque Dios ya ha llegado; no voy a estar esperando a que pase la cruz para empezar a vivir la gloria. La gloria se vive aquí en medio de la cruz también, y la presencia de Dios se vive aquí, aunque obviamente todavía tenemos momentos de soledades y de noches oscuras, pero ya está presente Jesús; en medio de nuestras noches oscuras, está.

Por eso, la señal de que el Adviento se vive bien es que tenemos la capacidad de vivir gozosos y alegres, y que, como dice Isabel, la criatura saltó de alegría y saltó de gozo dentro de mí cuando ya se percibía cercana la llegada de Jesús. Ese es el cristiano que tiene la capacidad de adelantar el gozo y la alegría de lo que está por llegar, porque ya ha llegado, pero está por llegar también. Esa es la gran enseñanza de Isabel. «¿Quién soy yo para que venga Jesús a mi vida? ¿Quién soy yo para que Dios venga a la tierra, para que entre en mi vida?». Pues sí, no eres nadie; pero alégrate de ello, alégrate, gózalo.

Segunda enseñanza: la de María, que la tenéis especialmente en la oración del Magnificat. Dice: «María dijo: Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí. Su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, según lo había prometido a nuestros padres en favor de Abraham y su descendencia por siempre». María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

Si de Isabel la enseñanza es la de quedarnos impresionados, de conmocionarnos ante la noticia de que Dios venga a nosotros. ¿Quién soy yo para que me visite Jesús? ¿Quién soy yo para que Jesús venga hacia mí? En María tenemos otra enseñanza en este Magníficat: esa insistencia que tiene ella de proclamar la grandeza de Dios. «Proclama mi alma la grandeza de Dios», es decir, ¡Qué grande es Dios!, es todopoderoso, Dios lo puede todo, para Dios no hay nada imposible. Esta conciencia de la grandeza de Dios, que por cierto yo creo que la tenemos bastante olvidada, como si subrayar la grandeza de Dios fuese una cosa que fuese propia de los musulmanes o de los judíos. Los cristianos también subrayamos una y mil veces, y siempre nos quedaremos cortos, la grandeza inmensa de Dios. ¡Qué grande es Dios! ¡Qué infinito!.

La grandeza de Dios es el fundamento de la dignidad del hombre. Si Dios lo es todo, nosotros somos algo; nosotros somos algo porque estamos fundados en la inmensa dignidad de Dios, porque hemos sido creados a su imagen y semejanza. Cuando no subrayamos la grandeza de Dios, hacemos un flaco favor a la dignidad del hombre. Parece que decir Dios Todopoderoso, Dios Inmenso, está mal visto hoy en día; porque hoy en día lo que está en alza es el igualitarismo, todos somos iguales. Subrayar la omnipotencia de Dios no está bien visto, y a veces, incluso en algunos libros litúrgicos, ves que dice Dios todopoderoso y alguien con lápiz ha tachado eso y ha puesto «Dios cercano». Que Dios sea cercano es impresionante porque es el Todopoderoso, si no fuese el Todopoderoso que sea cercano tiene poco chiste. La maravilla de lo que ocurre en las navidades es que ese que se hace pequeño, cercano, débil, humilde por nosotros es el Dios todopoderoso. Es que si te olvidas de lo primero, lo segundo tiene poco chiste.

Por eso María, en el Magníficat, subraya la grandeza de Dios, y nuestra manera de acercarnos a Dios tiene que ser esta. Yo soy alguien, soy importante porque soy hijo del autor del universo. Nosotros somos alguien importante, tenemos dignidad porque somos imagen y semejanza, hijos del Altísimo, de aquel que es creador de cielo y tierra. Luego nunca subrayaremos suficientemente la grandeza de Dios, no se nos tiene que caer de nuestros labios ese proclamar la grandeza de Dios como hace María en el Magníficat.

Y luego además María subraya, dice: Dios dispersa a los soberbios y enaltece a los humildes. Los que pretenden ser ellos los poderosos, Dios los derriba, porque solo hay un poderoso que es Dios. Y a los que se sienten débiles, humildes, que «no soy nada, no valgo para nada», Dios te dice: «Pues para mí vales mucho, yo he dado mi vida por ti». Esta es la paradoja. El hombre que es soberbio, que pretende competir con la grandeza de Dios, se cae como la torre de Babel; y el hombre que es pequeño, que tiene conciencia de su indignidad, de su pequeñez, que por mí mismo no valgo nada, Dios le dice: «Pues unido a mí lo puedes todo». Este es el espíritu del Magníficat: los soberbios son destronados y los humildes son ensalzados. Porque unos confían en el poder de Dios y otros pretenden competir con el poder de Dios; eso es absurdo. Es la filosofía del Magníficat, que es el espíritu de la preparación del tiempo de Adviento.

Benedictus.

Ese momento en el que Zacarías se queda mudo porque no había dado fe en el primer momento a la palabra del Señor de que tendría un descendiente de esa mujer que consideraba estéril. Entonces Dios le dice que tiene que poner el nombre, no Zacarías, sino Juan. El hecho de que no le ponga el nombre de Zacarías sino Juan es muy significativo, porque eso de transmitir el nombre del padre al hijo subraya en gran medida: mi hijo viene de mí y es un poco fruto mío.

No va a llevar tu nombre, porque es verdad que tú eres el padre, pero es que es una gracia de Dios, viene de lo alto, tú no lo controlas. Poner el nombre, en el sentido bíblico, es tener autoridad sobre el que le está poniendo el nombre. Entonces, no llamarse Zacarías sino llamarse Juan quiere subrayar: yo te he elegido a ti para que ese profeta venga al mundo, pero que te quede claro que no es tuyo, es de Dios, ponle por nombre Juan. Y tiene esa especie de purificación de que se queda mudo hasta el momento en el que ya se le suelta la lengua después de la purificación interior.

«¿Qué será de este niño? Porque la mano del Señor estaba con él». Zacarías, cuando se le suelta la lengua, cuando ya había tenido esa purificación que necesitaba tener para creer en Dios...Zacarías era el sacerdote que estaba oficiando en el turno en el templo de Jerusalén, pero le faltaba fe en el poder de Dios, le faltaba fe. Así como María tuvo plena fe y dijo «Hágase», Zacarías dudó y por eso se quedó mudo y tuvo que tener esa purificación interior. Dios nos purifica por nuestra falta de fe y nuestra falta de confianza. La figura de Zacarías es importante, porque ¿acaso nosotros en este tiempo de Adviento no tenemos también que purificarnos de faltas de confianza en Dios?

Cuando ya finalmente se le suelta la lengua, en ese momento, lleno del Espíritu Santo, profetizó: «Bendito sea el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abraham para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia en su presencia todos nuestros días. Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de los pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz». El niño crecía y se fortalecía en su espíritu, y vivía en lugares desiertos hasta los días de su manifestación a Israel.

El mensaje de Zacarías, el Benedictus, es que Dios nos ha elegido, que Dios no solo ha venido a salvarnos, que lo impresionante es que encima nos haga servidores suyos, nos asocie a la tarea de la salvación, que encima nos haga profetas. Jesús no solo ha venido a salvarnos, sino que encima nos hace también partícipes de esa salvación. Él es el redentor del mundo, pero quiere también que nosotros seamos corredores, que le ayudemos a preparar los caminos de Dios. Dios nos asocia a su tarea de salvación; la salvación no es meramente pasiva, que quiere decir «A mí que me lo den todo hecho». La salvación también hace que la recibamos de manera que nosotros nos hagamos también partícipes de ella y hagamos apostolado.

El espíritu del Adviento se tiene que traducir en hacer apostolado hacia los demás, en salir de nosotros mismos, en preocuparnos de cómo llegar a los demás, en convertirnos en profetas. Una de las características que tiene el ser hijos de Dios por el bautismo es que somos sacerdotes, profetas y reyes; somos profetas. Y eso supone que, igual que Dios quiso que su camino fuese preparado por Juan Bautista, cada uno de nosotros tiene que responder a esta pregunta: ¿Cómo yo preparo los caminos de Dios? ¿Qué quiere Dios de mí? ¿De qué manera me elige como instrumento suyo en la preparación del camino del Señor?

Una manera maravillosa de preparar el Adviento es que cada uno responda a esta pregunta: en mi entorno, ¿Cómo preparo la llegada de Jesús para otras personas? ¿Cómo puedo ser profeta de Jesús ante los demás? ¿Por qué persona voy a rezar y voy a pedir por ella? ¿A qué invitación concreta voy a hacer a alguien? Por ejemplo, que me acompañe a la Misa del Gallo o que me acompañe a un retiro. ¿Cómo yo también puedo ser profeta? ¿Cómo puedo preparar la llegada del camino del Señor a los demás? Igual en algún contexto complicado no puedo hacer mucho, pero sí que puedo hacer una oración y un sacrificio en mi vida para preparar la llegada del Señor en el corazón de alguien. Lo que Zacarías quiere subrayar es que es impresionante que Dios nos permita servirle con santidad y justicia y ser profetas suyos en el mundo.

En resumen, yo he querido compartir ese texto del Magnificat y del Benedictus; podéis durante este tiempo de Adviento de vez en cuando leerlo, rezarlo.

Pero resumiendo, quedémonos con el mensaje de Isabel: el mensaje de Isabel es aquella que se conmueve porque Dios viene a visitarnos y no se acostumbra nunca a algo tan grande. No acostumbrarse nunca a algo tan grande, conmoverse profundamente por ello. Vivir ya la alegría de que Dios ya ha llegado, aunque todavía yo sé que su llegada definitiva esté pendiente, pero ya ha llegado. No pienso esperar el día de la resurrección final para empezar a disfrutar el cielo, ya que el cielo está aquí. El cielo está en Belén, donde Jesús nació; en la cueva de Belén aquello era el cielo. El cielo está ahora cuando comulguemos y Jesús esté contigo; eso es el cielo. El cielo está en el acto de caridad en el que Dios está presente; eso es el cielo. Luego no esperemos al cielo para empezar a ser felices; ese es el gran anuncio de Isabel.

De María, lo resumo: María es la criatura que proclama la grandeza de Dios y que alaba y bendice a Dios por toda la eternidad. María es un altavoz escogido para decirle a todo el mundo, a todas las generaciones, qué grande es Dios, qué bueno es Dios, qué inmensa es su misericordia, y no me cansaré nunca de decirlo. Y cuanto más grande sea Dios, mayor será la dignidad del hombre; y cuanto más nos olvidemos de Dios, nosotros somos menos. La soberbia del hombre que intenta elevarse frente a Dios es su perdición. El camino de la humildad, que reconoce la grandeza de Dios y tiene conciencia de que yo no soy nada sin la grandeza de Dios, y unido a Dios lo puedo todo, es el camino de María.

Y por último Zacarías, en el Benedictus, nos recuerda que primero Dios le quiso elegir como instrumento para que viniese el profeta preparando el camino de Jesús, pero Zacarías no se lo creyó; no se terminaba de creer que Dios pudiese elegirnos como instrumentos y colaboradores suyos, como sus profetas para anunciar ante el mundo la salvación. Dios es tan grande que no solo nos ha venido a salvar, sino que nos ha hecho instrumentos de salvación para los demás. El que salva a su prójimo se salva a sí mismo; forma también parte de la Sagrada Escritura, lo dice así: quien se preocupa por un alma está salvando la suya propia. La última palabra del Adviento es palabra de llamarnos a tomar conciencia de nuestro apostolado y de nuestra conciencia de corresponsabilidad en la tarea de la evangelización.